

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

SUMARIO

| | |
|--|---|
| Relación de posibles monumentos nacionales e histórico-artísticos placentinos | Antonio Sánchez Paredes. Juan Meléndez Valdés. Antonio Murciano. |
| Nuestros clásicos: El Pensamiento | |
| Sonetos de la verdad | |
| Del pasado próximo cacereño: La guerra europea (1914) | Miguel Muñoz de San Pedro. M. García Viñó. |
| Triptico de la orilla | |
| Campaña pro-Colón español: Colón español... a pesar de todo | El Marqués de Morella. |
| Algunas divagaciones acerca de la juventud y la amistad | |
| Ideario Extremeño | Juan Luis Cordero. Bartolomé de Torres Naharro. Vicente Nería. Pedro Caba Manuel Pacheco. |
| Enigmas | |
| Siesta extremeña | |
| Perfiles de rocío | |
| De Arqueología: Una lápida sepulcral romana en Puerto de Santa Cruz | Fernando Bravo y Bravo. Luis Agustín Pizarro Peñas. José Canal. Francisco Emilio García. Cástulo Carrasco. Julián Marcos Torres. Fernando Villalba Diéguez. Santos Sánchez-Marín. L. Álvarez Lencero. |
| Oración a la novia muerta | |
| El Secreto de la chimenea (Cuento) | |
| Plegaria | |
| Esa alondra de la tierra parda | |
| Poemas: Espejismos | |
| Cartas extremeñas: Hornachos | |
| Aspiración | |
| ...Y me bañé en la alameda | |
| Sobre catalogación de archivos y de monumentos históricos y artísticos en Extremadura: Sugerencias | Juan Tena Fernández. Pedro Romero Mendoza Juan Emilio Aragonés. Edmundo Costillo y Marín. Isidro Melara Berrocal. |
| Acorde lírico, II | |
| «Marí-Carmen» | |
| Ser y parecer | |
| «En casa te queas...» | |
| Escritores y poetas contemporáneos: Ante la poesía del Marqués de Paterna del Campo .. | Diego Díaz Hierro. Fausto Botello de las Heras. Gerardo G. Camino. José María Gil. Juan Angel Iglesias. Victor Sánchez Hoyos. Antonio López Martínez. Antonio Pino Vázquez. Un Aprendiz de Hablista. Rufino Delgado Fernández. |
| A Extremadura | |
| El mito prometeico | |
| Corcel de grupas al viento | |
| Letanía porque soy hombre | |
| Mi verano | |
| Momentos | |
| «El Ángel impedido» (Cuento) | |
| Crítica sin hiel | |
| Hacia la cumbre | |
| En honor de un artista de la tierra: Enrique Pérez Comendador | Valeriano Gutiérrez Macías. Higinio Bullón. |
| Parodia «Becqueriana» | |
| Necrológicas: Antonio Reyes Huertas, Adelardo Covarsí y Tomás Domínguez Arévalo | La Redacción y J. Cienfuegos. Curio O'Xillo. Valeriano Gutiérrez Macías y Cástulo Carrasco. José de la Peña. C. R. |
| Mirador: Crónica | |
| Recensiones | |
| Notas breves: De dentro y de fuera | Dibujo a lápiz por Antonio F. Cortés Muriel y fotos de Gudiol, A. Castellanos y Javier. |
| Noticia de Revistas | |
| Láminas | |



ALCANTARA



Año VIII

JUNIO - JULIO - AGOSTO 1952

Núms. 56, 57 y 58

Relación de posibles monumentos nacionales e histórico-artísticos Placentinos

COMENZARÉ por decir que, por estas latitudes, la declaración de monumento nacional no es suficientemente eficaz, por si sola para preservar a un edificio de una restauración o modificación caprichosa. Con objeto de salir al paso de estos más que probables atentados artísticos, sería de desear que por disposición conjunta de los Ministerios de Gobernación e Instrucción Pública, y con vistas a la futura ley de ordenación urbana, se enquisitase en los Ayuntamientos de estas Ciudades monumentales, alguna persona competente en estos menesteres del arte: académicos correspondientes de la historia o bellas artes, delegados del patrimonio artístico nacional, o simples corresponsales de las comisiones de monumentos provinciales; al objeto de que informasen a esos organismos locales, de la procedencia o improcedencia de ciertas obras en aquellos rincones o sectores que tuvieran cierto sabor y carácter. Estos elementos, de consuno con el maestro Aparejador y Arquitecto, asesorarían al Ayuntamiento sobre la autorización o negativa a abrir, por ejemplo, un hueco o vano, modificar una fachada, establecer una casa de comercio, etc., en aquellos inmuebles y calles que por su valor artístico-histórico debieran ser intocables. Con esta medida se evitaría incluso crear lo que según el Sr. Domínguez Berrueta ha hecho el Ayuntamiento de Méjico, o sea dar origen a una especie de «consejo cultural», de gente perita en eso «inaprensible y etéreo», en esos «intereses materiales» de la poesía, de la historia y del arte, que informa y aconseja al Municipio Mejicano en toda reforma urbana que se intenta. Y lo ha hecho con tal éxito, que la Ciudad de Méjico conserva inalterados, a través de todas sus mejoras, los rasgos de su fisonomía, hasta el punto que, remontando el curso de su historia, «nacionalizando de nuevo lo que el cosmopolitismo destruyó», ofrece Méjico hoy un «estilo español urbano» acaso más característico que el del propio Madrid. Claro está que estos elementos se asesorarían a su vez de las respec-

tivas comisiones provinciales o academias, siendo estas las que en definitiva resolvieran. Lo que insinúo es, pues, obligar a las Corporaciones locales, de cierta importancia monumental, a pedir un asesoramiento artístico, que voluntariamente no solicitarían nunca. Esto también tendría otra solución, nombrando en esas ciudades a que me refiero, un cronista oficial, el cual desdoblaria su función al hacerse cargo de este cometido.

Por otra parte, ignoro si lo que voy a proponer a continuación ha sido ya dicho. Sé que existen las categorías de monumento nacional y monumento histórico-artístico. Mas ¿por qué no crear la de monumento o conjunto pintoresco o típico? Por estas ciudades hay infinidad de ángulos que están demandando el ser fijados para siempre en su estado actual y componentes. Hay rincones y plazas que sería un pecado alterarlas. Y, sin embargo, nada más fácil y frecuente el ver cómo en una calle comienza a elevarse un inmueble, que desentona abiertamente y empequeñece la perspectiva urbana, sin respeto, antes bien, con desprecio, hacia el sabor y tipismo de los edificios adyacentes. No me refiero a casonas blasonadas, remanso del arte y la historia, sino a casitas humildes, labriegas, castizas, propias y privativas de la región o localidad donde elevan sus fachadas mínimas ¿Ejemplos?: las casas de labranza del Valle y Vera y las casas de los Gremios de labradores y hortelanos de Plasencia. Consignada pues, queda, esta observación, por lo que valiera.

Dicho lo que antecede, paso a enumerar aquellos paisajes, conjuntos urbanos e inmuebles que a mi juicio merecen la protección tutelar del Estado, que evite su lento o rápido caminar hacia la desaparición o destrucción, que es la muerte.

PAISAJES

Como paisajes, yo dispensaría especial atención a la canchalera donde se halla enclavada la *Ciudad prehistórica de la era de la Guijosa*, compuesta, no sólo de la famosa cueva de Boquique, sino de muchísimas otras. Se trata de cuevas naturales donde, para guardarse, nada o poco tuvo que acondicionar el hombre. La ciudad se cierra en los puntos accesibles—que son los menos—por murallas primitivas, que si no han desaparecido van desapareciendo. Su origen es neolítico. Sirvió de cantera para la construcción de la catedral *nueva* y hoy día sigue utilizándose para extraer piedra con destino a las obras de Plasencia que necesitan de ella. Junto a la cueva de Boquique hay un taller—fácilmente perceptible todavía,—donde los bloques—fragmentados por el procedimiento del barreno—se hallan ligeramente desbastados. Dentro de poco será la misma cueva de Boquique la que tendrá idéntico fin. En ella se han encontrado recientemente diversos objetos de la prehistoria y en las otras, de excavarse metódicamente, se obtendría el mismo resultado. El macizo rocoso donde se encuentra esta ciudad primitiva es imponente, y tan abrupto, que desde la carretera de Salamanca, y en dirección perpendicular al mismo, es difícil abordarlo. Contemplado

desde abajo, es un enorme talud escarpado. Entre las peñas crecen alcornoques, y todo ello presta al conjunto una sensación de poderío difícilmente superable y sumamente bravío. Vicente Paredes, Mérida y García Faria exploraron este yacimiento neolítico, encontrando numerosos objetos del arte primitivo. Dista de Plasencia unos dos kilómetros en línea recta.

Merecen también la más alta consideración los paisajes del Valle y Vera de Plasencia. Su belleza e historia son tradicionales. La historiografía barroca del XVII coloca en la Vera los campos Eliseos y asegura que fué cantada y visitada por Homero (¿?) Desde Román de la Higuera a Bozal Casado, pasando por el P. fray Alonso Fernández, González Dávila, Acedo de la Berrueza, Ponz, el P. Flórez Larra, Barrio, Madoz, Unamuno y García Sanchiz, todos se hacen lenguas de su belleza y encarecen su fuerte atractivo, a la par que ensalzan la riqueza de sus tierras fértiles y ubérrimas. Comparado con esto carece de importancia y significación la estancia en Yuste de Carlos V, para cobrar todo su vigor y colorido los romances de cordel de la Serrana de la Vera, cantada en tablas de comedia por Vélez de Guevara, Valdivielso, Juan de Morales y Lope de Vega. La Vera discurre paralela a Gredos y el Valle perpendicular al mismo, formando ambas regiones, con relación a este macizo, ese ángulo recto que traza los contrafuertes de nuestras catedrales cuando son anchos, salientes y robustos. Mas no sólo el paisaje es aquí lo determinante. Como floración natural y espontánea del mismo, surgen los pueblos del Valle y Vera en íntima consonancia y armonía con la naturaleza, la flora y el clima. Las casas veratas y del Valle, tienen una peculiar fisonomía, que a Unamuno le recordaba la de su tierra vasca, insospechada semejanza topada en esta serranía y, desde luego, completamente distinta, no ya al resto de la región extremeña, sino incluso a la que presentan los pueblos de la vertiente meridional de las sierras de Gata y Francia, separadas, hasta en la etnografía, de aquéllas simplemente por la sutil frontera de la calzada de la Plata o de la Guinea. Y por lo que respecta a su riqueza forestal y hortícola, antaño surtían de madera de castaño a la Corte y en todo tiempo, desde los *Reyes Católicos*, vienen haciendo lo mismo con su sabrosa e incomparable fruta. El cultivo del pimentón es reciente, mas ello ha venido a renovar e intensificar, si cabe, el eterno y perenne verdor de estos vergeles. También son incontables sus frías fuentes, cuya temperatura no permitía rezar un credo, con la mano zambullida en el torrente. Su vegetación exuberante, su clima templado, junto con los demás factores enumerados, hacen de la Vera y Valle sendas comarcas incomparables.

Antes de entrar resueltamente en Plasencia, nos detengamos en la Isla, inmediata a ella. También merece una curiosidad detenida. Tiene belleza y recuerdos históricos de solera. En ella solía cazar

oropéndolas la majestad de Felipe V, durante los dos meses escasos que estuvo en ésta. En ella se festejó a la duquesa de Osuna con diversos artificios y galanuras. Y, durante algún tiempo en el siglo pasado, sirvió de rodeo para nuestras ferias anuales, y hasta se corrieron algunas alegrías de toros en plazas de madera improvisadas de la noche a la mañana. Con la protección oficial evitaríamos sus frecuentes talas, y sus álamos—que forman calles,—serían tan respetados como los brazos joyantes de un candelabro. Talas, que por cierto, no tienen la finalidad patriótica de la que se hizo por orden de este Ayuntamiento para proporcionar a Lord Wellington el paso del Alagón cerca de Galisteo. Y, talas, que convierten el paseo predilecto de nuestros mayores en un auténtico calvitero. Hoy, a pesar de sus álamos incipientes—producto de la *penúltima* tala,—sus lavanderas y las telas de mil colores que éstas tienden en la hierba o sobre cordeles, presenta, no obstante, un aspecto pintoresco y sorprendente. Merece pues, el cariño de un parque natural, que no debe perderse.

PUENTES

Y ahora ya, penetremos con decisión en el recinto murado. Mas antes, percatemos dos de sus tres puentes. Descartando el problema de si el de Trujillo tuvo o no un origen romano, problema hoy ya insoluble, a mi juicio, por haber sido completamente transformado, fijémosnos en el puente Nuevo y en el de San Lázaro.

En el mismo sitio que actualmente ocupa el primero hubo primitivamente otro de madera, que se llamó de Pascual Clérigo, nombre con el que se aludía al mismo tiempo, a la persona que lo mandó construir y a su ministerio. Después fué sustituido por otro de piedra, y éste, a su vez por el actual ordenado por los Reyes Católicos y realizado (1.512) por el Ayuntamiento de Plasencia. En él se aunaron las calzadas del Valle y de la Vera, y por la calleja Larga—camino secular de las huertas de la vega—se pone en derechura con la puerta del Sol, la más monumental de las que restan. El puente es de doble vertiente y tiene un templete gótico, rematado en chapiteles.

También en el lugar del puente de San Lázaro lo hubo siempre, al menos desde el siglo XIII. Por él pasaba la carretera que unía las dos cabezas diocesanas alto extremeñas y ponía en comunicación a la ciudad con la leprosería de San Lázaro, anejá a la ermita del mismo nombre y situadas en la orilla izquierda del Jerte. El puente actual es producto de numerosas reparaciones, ocasionadas por las frecuentes avenidas del río y la rapidez de su corriente. Más tosco que el puente Nuevo, es también de dos vertientes, pero precisamente por lo primario conserva un carácter primero y artesano que le dá un aspecto rústico y simpático.

CONJUNTOS MONUMENTALES

De todos cuantos monumentos atesora Plasencia, creo que el que necesita del respeto oficial con mayor urgencia, es lo que resta del cinturón murado, considerado en su unidad, o sea, con *cubos*,

torres, almenas, adarves, lienzos y puertas. Precisamente por carecer de él, fué asolado nuestro viejo Castillo o *fortaleza*, mansión histórica como tablado de hechos y personas. Data de 1.200, fué construido en menos de un año, y es debido a nuestro primer Obispo Don Bricio. Aunque numerosas veces reparado, conserva lienzos intactos, como el que va de la puerta de Trujillo al *enlosado* de la catedral. En este tramo, las dos líneas de murallas corren paralelas, aprisionando entre ellas a las torres o *cubos*, que como cuentas de un rosario las anudan y encadenan. Otro trozo, también en buen estado, es el que discurre de la puerta del Sol al *cubo* cuadrado, inmediato, en tiempos, al Castillo, cabeza de este recinto. En este tramo hay un pequeño postigo abierto en posición árabe, o sea, en el ángulo que forma un lienzo de muralla con el cuerpo saliente de una torre avanzada. Engarzada en el mismo se encuentra la *torre de la Lucía*, la más alta de todas las que se conservan, y que también cuadrada, como el *cubo* pequeño, inmediato a la *fortaleza*, por estar en el esguince más violento de la muralla, se hizo sin duda más robusta para su mejor defensa. Finalmente, el tercer tramo, medianamente conservado, es el que enlaza la puerta de Coria con la de Berrozana. En este fragmento de muralla existe otro postigo, también en disposición árabe, como salida de una antigua plaza de armas. Este es el que cerca y encierra la antigua *mota* o primitiva *fortaleza*, más tarde asiento de la primer sinagoga hebrea, hoy ocupada por el palacio de los marqueses de Mirabel y el convento de San Vicente Ferrer. El resto del circuito está oculto tras las casas adheridas al mismo.

Lo mejor ya del recinto murado son sus puertas, si bien ninguna se halla en su forma primigenia. No obstante, tres conservan el escudo de los Reyes Católicos, libertadores de la ciudad del señorío feudal. La más monumental es la del Sol, la más humilde la de Coria, intermedia la de Berrozana y votiva la de Trujillo, con su capilla de la Virgen de la Salud sobre su arco y sus dos *cubos* en los flancos. Tengo para mí que esta ermita fué construida para conmemorar la reincorporación de la ciudad a la corona, pues por ella entraron los Carvajales para librarla del dominio de los condes; la advocación de la Virgen parece aludir también a este acontecimiento, decisivo para la *salud* de la ciudad por muchos conceptos. La actual capilla data del siglo XVIII. De los conjuntos monumentales hemos de resaltar los siguientes. En primer lugar la plaza de la catedral. Todo en este espacio abierto es rico y espléndido. Lo único que desentona es la fachada del seminario diocesano, horrible pastiche en rojo y blanco que quiebra la varia armonía de este bello marco. La planta irregular de la plaza está enmarcada por las dos catedrales, el postigo de Santa María, las casas de Galíndez de Carvajal y del Deán, la fachada del Hospital y las casas obispaes. Los estilos varían, y el tiempo salta, de siglo en siglo, por los edificios. Las fachadas de los mismos se hallan cuajadas—como con cuajarones de sangre, tatuajes o hierros ganaderos en almagre—de académicos *vitors*. Por cima o debajo, los escudos heráldicos siluetan con orgullo sus

símbolos. Y en lo alto, un bosque de chapiteles mantiene el aleteo de sus hojas en quietud perenne.

Otro conjunto monumental de ayer y de hoy es la plazuela angulosa y quebrada de D. Nuño Pérez de Monroy. Aquí la galanura y el mimo han sido desterrados por un gesto bronco y duro: La casa donde naciera D.^a María *La Brava* (s. XIII y acaso *el Clavero*—a pesar de restaurada—conserva en su torre solitaria y añorante un ademán feudal imborrable. Fué asilo de San Pedro de Alcántara y al rey *Católico* le sirvió de morada.

Enfrente, los musculosos contrafuertes de la iglesia de San Nicolás, macizos y en tensión de siglos, nos recuerdan también que ambos edificios son debidos al genio munificente de aquel prelado, que fué además canciller de reino y hombre integérrimo. A uno y otro lado casas de sabor arcaico, de menestrales y pejugaleros, y en tal cual ángulo, un hogar hidalgo.

La plaza aledaña de San Nicolás forma con la anterior nuestro más bello rincón monumental. Deslindada por este templo, el palacio, primero, de los Almaraz, luego de los Zúñigas, el convento de San Vicente, del orden de Santo Domingo y algunas casas de sabor judío, tiene en su promedio el joyel renaciente del pensil mirabeño, rico y vario museo que sirvió de estrado, por los días de D. Luis de Avila y Zúñiga, para una academia de los mejores ingenios. El convento e iglesia son de finales del XV y el palacio, edificado por sus primeros propietarios, conserva en sus diversos elementos componentes la impronta del tiempo y los aconteceres. Fué mansión de los condes de Plasencia, centro de intrigas cortesanas y estuche del arte en lápidas y estatuas romanas. Sirvió de albergue a Felipe V, por los comienzos de su reinado indeciso. Y siempre ha sido el palacio por antonomasia, en recuerdo de la supremacía pasada. Sus actuales propietarios, los duques de Montellano, le están restaurando.

Y ahora saltamos a la plaza de El Salvador, cuyo perfil es totalmente contrario. En el centro, la iglesia, aislada por completo, y alrededor de este islote las casas y el convento de las monjas del Carmelo. Despejado el templo (s. XIV) y el convento (s. XVII), las casas no son aquí monumentales, sino labriegas, sencillas y sumamente típicas. Entre ellas, alguna casa hidalga con modesta heráldica. Pero es en esencia una plaza artesana. O una corraliza. O tal vez la plaza de un pueblo. Porque es lo cierto que su carácter agrario se halla fuertemente impreso.

Esta plaza sirve de cabecera a un barrio—único aún enrollado—que tiene la traza de un peine desdentado, o sea, la forma de compartimientos-estancos. La mayor parte de sus habitantes ya no cultivan el agro, mas las fachadas de sus casas siguen vinculadas a la labranza. Y esta es la circunstancia que le dá al caserío, el aspecto pintoresco de estar muerto en el vacío y en el tiempo.

La calle de Sancho Polo, recta y tensa como la hoja de una espada, conserva tal vez la fachada más arcaica (s. XIII). Enfrente, la casa de las Infantas (s. XVI), de sillería almohadillada. Y más arriba, las dovelas, enormemente despiezadas, de un hospital que no

llegó a funcionar como tal (s. XV). Todavía, y casi formando esquina con la plazuela de San Ildefonso, la portería del convento de este nombre, bajo el capelo del obispo Acevedo y sus borlones.

Esta última plaza, recoleta y ensimismada, enfrenta la puerta de la iglesia del convento con la casa-palacio del coronel Villalba. En el temple se halla su estatua, orante, al lado del Evangelio; en la acera frontera, el nido del aguilucho con Estefanía de Trejo.

La calle del Rey, que también constituye una entidad aislada, ponía en comunicación al Concejo con el *alcázar*. A derecha e izquierda de esta calle hay mansiones tocadas por la historia y el arte. En primer término, la cárcel (s. XVII) a seguida una casona de sabrosa y bella alzada, para nosotros enigmática; más arriba, la del alcaide Rodríguez de Buezo, blasonada por escudo con penacho de plumas alborotadas. A su altura se abre la plazuela de Sosa, con un caserón desfigurado por sucesivas reformas. Más allá se yergue la *casa de las Argollas*, con su torre maltratada por el egoísmo de esta época, sin respeto para el recuerdo de que en ella se desposó la *Beltraneja*. En la misma acera, casi a continuación, la de los Trejo Toledo, con su magnífica puerta blasonada por escudo en cartela. Y por último, ya en la plazuela de Santa Ana, la iglesia de este nombre y el convento de los jesuitas, obras del obispo Don Gutierre de Vargas (s. XVI).

MONUMENTOS

Y, finalmente, como monumentos solitarios, dignos de la atención oficial en su más alto grado, podemos citar todavía los que componen el siguiente catálogo.

Ante todo la iglesia de San Martín (año 1.200), con restos de su planta basilical y los magníficos cuadros de su retablo. De ellos, cuatro son con seguridad de Morales *el Divino*, y todos ellos producto de la generosidad de un obispo. Las tablas de los mismos están cuarteadas y algunas incluso agrietadas. Los cuadros, sucios, pobres de colorido; todo lo cual hace que el retablo resulte oscurecido.

Otro de estos monumentos es el que figura al final de la calle de los Quesos, conocido con el nombre de palacio de Grijalva, el cual ostenta una fachada herreriana (s. XVI). Mérida le llama —quizá por errata— de los Almazanes, si bien el escudo de su puerta es *Barrante*.

La iglesia de San Pedro, románica en su ábside y portada, mudéjar en su ciega ventana, es un templo bonito y pequeño. Se dice construído sobre una mezquita árabe y cabe a un palacio del mismo estilo (s. XIII). En una de las casas de labor, aledañas, existe un aljibe árabe en completa ignorancia.

La *casa Gótica* o del Dr. Trujillo (s. XV), es un bello y maltratado edificio que hace esquina a la calle de este nombre, y que debe ser protegido por conservar aún en sus dos fachadas el fuerte atractivo que le presta el espíritu del siglo.

La ermita de San Lázaro con sus dos magníficos retablos: uno de azulejos talaveranos (s. XVI), y el otro con pinturas en tabla de

muy buena mano, merece también ser conservada con cariño, después de restaurar el segundo retablo. La ermita procede del XIII, pero el edificio actual se remonta poco más allá del XVII.

También en la plazuela de Leal merece consideración, el palacio del obispo de Coria, Don Pedro Girón de Carvajal (s. XVI). La sillera almohadillada de su fachada, le asemeja, superándola, a la de la casa de las Infantas. Es un bello ejemplar, con escudos de la casa en las aristas de sus tres fachadas.

Y por último, los arcos de San Antón o acueducto, obra del XVI, con varias reparaciones y útil siempre, aunque hoy no lo sea más que como ornato de la ciudad del Jerte. Los arcos del tramo de la carretera de la Virgen del Puerto, se vienen utilizando, ante la municipal indiferencia, como cantera, y de ellos no queda más que estrictamente sus dovelas. Junto a los restantes se ha plantado, recientemente, un jardín y están destinados a ser cubiertos de yedra.

Restan otros muchos edificios, grandes y pequeños, de relativo valor artístico, y que bien por esto o por hallarse en ruína no hemos incluido en la lista. Mas todos los reseñados merecen por igual la protección oficial. De lo contrario, muchos de ellos serán torpemente modificados, si es que no desaparecen por completo en un plazo más o menos largo.

ANTONIO SANCHEZ PAREDES

Delegado Local del Patrimonio Artístico Nacional.



NUESTROS CLASICOS

EL PENSAMIENTO

Cual suele abeja inquieta, revolando

Por florido pensil entre mil rosas,

Hasta venir a hallar las más hermosas,

Andar con dulce trompa susurrando;

Mas luego que las ve, con vuelo blando

Baja, y bate las alas vaçorosas,

Y en medio de sus hojas olorosas

El delicado aroma está gozando;

Así, mi bien, el pensamiento mio

Con dichosa zozobra, por hallarte,

Va aba, de amor libre, por el suelo;

Pero te ví, rendime, y mi albedrio,

Abrasado en tu luz, goza, al mirarte,

Gracias que envidia de tu rostro el cielo.

Juan MELENDEZ VALDES